

EL ÁRBOL DE SALIVA

BRIAN W. ALDISS

**EL ÁRBOL
DE SALIVA**

Traducción de Edith Zilli



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Saliva Tree and Other Strange Growth*s

Traducción de Edith Zilli

Diseño de la cubierta: Estudio Calderón

Primera edición: julio de 2022

© Brian W. Aldiss, 1966

© de la edición: Edhasa, 1978, 2007, 2022 (revisada)

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2217-0

Impreso en Barcelona por: Liberdúplex

Depósito legal: B. 11469-2022

Impreso en España

No hay palabras ni lenguaje,
pero las voces se oyen entre ellos.

Salmo XIX

EL ÁRBOL DE SALIVA

La cuarta dimensión me preocupa mucho –dijo el joven rubio, con un tono apropiado de seriedad.

–Ajá –replicó su amigo, mirando el cielo nocturno.

–Me parece que hay muchas pruebas en estos días. ¿No crees que se intuye de algún modo en los dibujos de Aubrey Beardsley?

–Ajá –replicó su compañero.

Los dos jóvenes están de pie en una loma baja, al este de la somnolienta ciudad inglesa de Cottersall, mirando las estrellas, y a veces se estremecen a causa del viento frío de febrero. No tienen mucho más de veinte años. El que se preocupa de la cuarta dimensión se llama Bruce Fox. Es alto y rubio y trabaja como pasante en una firma de abogados de Norwich: Prendergast y Tout. El otro, que hasta ahora sólo ha emitido un ajá o dos aunque es en verdad el héroe de este relato, se llama Gregory Rolles. Es alto y moreno, de ojos grises, bien parecido e inteligente. Rolles y Fox se han prometido a sí mismos mantener una actitud mental abierta, distinguiéndose (por lo menos así lo creen ellos) del resto de los ocupantes de Cottersall en estos últimos días del siglo XIX.

—¡Ahí cae otro! —exclamó Gregory, apartándose al fin del dominio de las interjecciones.

Señaló con un dedo enguantado la constelación del Auriga. Un meteorito cruzó el cielo como un copo desprendido de la Vía Láctea y murió en el aire.

—¡Qué hermoso! —exclamaron los dos jóvenes al unísono.

—Es curioso —dijo Fox prolongando su discurso con unas palabras que los dos usaban muy a menudo—, las estrellas y las mentes de los hombres han estado siempre muy unidas, aún en los siglos de ignorancia antes de Charles Darwin. Siempre parecieron desempeñar un papel oscuro en los asuntos humanos. A mí me ayudan a mantener una actitud mental abierta, ¿a ti no, Greg?

—¿Sabes lo que creo? Pienso que algunas de esas estrellas pueden estar habitadas. Por gente, quiero decir. —Respiró pesadamente, abrumado por sus propias palabras—. Gente..., quizá mejor que nosotros, maravillosa, que vive en una sociedad justa.

—Ya sé, ¡socialistas! —exclamó Fox. En este punto no compartía el pensamiento avanzado de su amigo. Lo había escuchado en la oficina al señor Tout, quien sabía muy bien cómo estos socialistas, de los que tanto se oía ahora, estaban destruyendo las bases de la sociedad—. ¡Estrellas pobladas por socialistas!

—¡Mejor que estrellas pobladas por cristianos! Bueno, si hubiese cristianos en las estrellas ya hubiesen enviado misioneros aquí a predicar el Evangelio.

—Me pregunto si alguna vez habrá viajes planetarios como dicen Nunsonwe Greene y *monsieur* Jules Verne...

—empezó a decir Fox, pero la aparición de un nuevo meteorito lo interrumpió en la mitad de la frase.

Como el anterior, este meteorito parecía venir aproximadamente de la constelación del Auriga. Se desplazaba lentamente, era de color rojo, y crecía de tamaño, acercándose. Los dos jóvenes gritaron a la vez y tomaron al otro por el brazo. La magnífica luz ardía en el cielo y ahora un aura roja parecía envolver un núcleo anaranjado más brillante. Pasó por encima de la loma (más tarde discutieron si no habían oído un leve zumbido) y desapareció detrás de un monte de sauces, iluminando un momento los campos.

Gregory fue el primero en hablar.

—Bruce, Bruce, ¿viste eso?, ¡no era un meteorito cualquiera!

—¡Tan grande! ¿Qué sería?

—¡Quizás un visitante de los cielos!

—Eh, Greg, tiene que haber caído cerca de la granja de tus amigos, los Grendon, ¿no te parece?

—¡Tienes razón! Mañana le haré una visita al viejo señor Grendon y veré si él o su familia saben algo.

Siguieron hablando, excitados, golpeando el suelo con los pies y ejercitando los pulmones. Era la conversación de dos jóvenes optimistas e incluía mucha especulación que comenzaba con frases como «no sería maravilloso que...» o «supongamos que...». Al fin se echaron a reír, burlándose de todas aquellas ideas absurdas.

—Deben de ser casi las nueve —dijo Fox por fin—. No tenía intención de retirarme tan tarde esta noche. Es curioso lo deprisa que pasa el tiempo. Será mejor que regresemos, Greg.

No habían llevado linternas, pues la noche era clara y seca. Estaban a unos tres kilómetros de las últimas casas de Cottersall, y emprendieron el camino de regreso con decisión, cogidos del brazo, por si alguno de los dos tropezaba en las rodadas dejadas por los carros. Fox tenía que levantarse a las cinco de la mañana si quería llegar con puntualidad al trabajo. El pueblo estaba silencioso, o casi. En la casa del panadero, donde se alojaba Gregory, había una luz de gas encendida y sonaba un piano. Cuando se detuvieron junto a la puerta lateral, Fox preguntó con sarcronería:

—¿Verás a toda la familia Grendon mañana?

—Parece probable, si esa nave planetaria roja no se los ha llevado ya a un mundo mejor.

—Seamos sinceros, Greg. Tú vas a ver realmente a la bonita Nancy Grendon, ¿no es cierto?

Gregory palmeó risueñamente a su amigo.

—No estés celoso, Bruce. No hay motivo. Voy a ver al padre, no a la hija. Nancy es mujer, pero el viejo es progresista, y eso me interesa más por ahora. Nancy es hermosa, en verdad, pero el padre... ah, ¡el padre es eléctrico!

Riendo, se estrecharon alegremente las manos.

En la granja de los Grendon las cosas estaban bastante menos tranquilas, como Gregory descubriría pronto.

★ ★ ★

Gregory Rolles se despertó antes de las siete, como era su costumbre. Estaba encendiendo la lámpara de gas y deseando que el señor Fenn (el panadero dueño de la casa)

instalase pronto luz eléctrica, cuando unas rápidas asociaciones de ideas lo llevaron a pensar otra vez en el portentoso fenómeno de la noche anterior. La esposa del panadero, que ya había encendido la chimenea de su cuarto, le trajo agua caliente para lavarse, y agua casi hirviendo para afeitarse, y, un rato después, una gran bandeja con el desayuno. Mientras se desarrollaba esta actividad, e incluso mientras daba buena cuenta del desayuno, Gregory permanecía abstraído, dejando que su mente se entretuviera. Se entretuvo un momento en imaginar las posibilidades que abría el «meteorito» y decidió ir a ver al señor Grendon antes de una hora.

Pese a la juventud, tenía la suerte de poder decidir a sus años cómo y dónde pasaría el día, pues su padre era una persona adinerada. Edward Rolles había tenido la fortuna de conocer a Escoffier, en los años de la guerra de Crimea, y con la ayuda del notable *chef* había lanzado al mercado una levadura, *Eugenol*, de gusto más agradable que los productos rivales, y de efectos menos deletéreos, que había obtenido un considerable éxito comercial. Como resultado, Gregory estudiaba en una de las universidades de Cambridge.

Se había graduado ya y ahora tenía que elegir una carrera. Pero ¿qué carrera? Había adquirido —no tanto en clase como en sus charlas con otros estudiantes— cierta comprensión de las ciencias; había escrito algunos ensayos, bien recibidos, y había publicado algunos poemas. Se inclinaba por lo tanto hacia las letras, y la inquieta impresión de que en la vida había mucha miseria, fuera de las clases privilegiadas, lo habían llevado a pensar seriamente

en una carrera política. Tenía también conocimientos firmes de teología, pero (y de esto por lo menos estaba seguro) no se sentía atraído por el sacerdocio.

Mientras decidía su futuro, había venido a vivir aquí, lejos de la familia, pues nunca se había entendido bien con su padre. Esperaba que la vida campesina de la Anglia Occidental le inspirara un volumen titulado provisionalmente *Paseos con un naturalista socialista*, donde expresaría simultáneamente todas sus ambiciones. Nancy Grendon, que manejaba bien el lápiz, podría dibujarle un emblemita para la página del título... Quizás, hasta pudiera dedicarle el volumen a un autor amigo, el señor Herbert George Wells...

Se vistió con ropa de abrigo, pues la mañana era fría y nublada, y bajó a los establos del panadero. Ensilló la yegua, *Daisy*, montó y tomó el camino que el animal conocía bien.

El sol había aparecido en el horizonte hacía más de una hora, pero el cielo y el paisaje seguían muy oscuros. Dos tipos de tierra se veían en aquel lugar de Anglia Occidental, atrapados entre los confusos meandros del río Oast: el páramo de brezo incultivable y el pantano estéril. Había pocos árboles, y éstos eran chaparros, de modo que los cuatro olmos de buena altura que se alzaban a un costado de la granja de los Grendon resultaban visibles desde varios kilómetros de distancia.

El terreno se elevaba ligeramente alrededor de la granja, y la zona de la casa era como una isleta entre pantanos y arroyos que hoy devolvían al cielo unos tonos grises y apagados. A la entrada del puentecito, la puerta estaba entor-

nada, como siempre. *Daisy* se abrió paso entre el barro hacia los establos y Gregory la dejó allí, entretenida con la avena. La perra *Cuff* y el cachorro ladraron ruidosamente alrededor de los talones de Gregory, como de costumbre, y el joven caminó hacia la casa palmeándoles las cabezas.

Nancy apareció corriendo antes de que Gregory llegara a la puerta de la casa.

—Hubo mucho alboroto aquí anoche, Gregory —dijo la muchacha, y Gregory notó complacido que ella se había decidido al fin a llamarlo por el nombre—. ¡Una cosa brillante! Yo ya me acostaba cuando se oyó el ruido y vino luego la luz. Corrí a la ventana a mirar y vi esa cosa grande parecida a un huevo que se hundía en el estanque.

La voz de Nancy, particularmente cuando estaba excitada, tenía el tono cantarín de las gentes de Norfolk.

—¡El meteorito! —exclamó Gregory—. Anoche, Bruce Fox y yo mirábamos la hermosa constelación del Auriga, que llega siempre en febrero, y de pronto vimos uno muy grande. Me pareció que había caído por aquí cerca.

—Bueno, casi aterriza sobre la casa —dijo Nancy.

Estaba preciosa esa mañana, con los labios rojos, las mejillas brillantes, y los rizos castaños todos alborotados. En ese momento apareció la madre con delantal y cofia y echándose rápidamente un chal sobre los hombros.

—¡Nancy, entra, no te quedes ahí, helándote de ese modo! Qué cabeza loca eres, muchacha. Hola, Gregory, ¿cómo marchan las cosas? No pensé que lo veríamos hoy. Entre y caliéntese.

—Buenos días, señora Grendon. Nancy me está contando lo de ese meteorito magnífico de anoche.

—Fue una estrella fugaz, según dijo Bert Neckland. Yo no sé, pero sí le aseguro que asustó a los animales.

—¿Se puede ver algo en el estanque?

—Déjame que te muestre —dijo Nancy.

La señora Grendon entró en la casa. Caminaba lenta y pausadamente, muy tiesa, y con una nueva carga. Nancy era su única hija. Había un hijo menor, Archie, un muchacho terco que había peleado con su padre y ahora era aprendiz de herrero en Norwich. La señora Grendon había tenido otros tres hijos, que no sobrevivieron a esa sucesión alternada de nieblas y vientos ásperos del este que eran los inviernos típicos de Cottersall. Pero ahora la mujer del granjero estaba embarazada de nuevo, y le daría a su marido otro hijo cuando llegara la primavera.

Mientras se acercaba al estanque con Nancy, Gregory vio a Grendon que trabajaba con sus dos hombres en los campos del oeste. Ninguno alzó la mano para saludarlo.

—¿No se excitó tu padre con el fenómeno ocurrido anoche?

—Sí ¡pero sólo en ese momento! Salió con la escopeta, y Bert Neckland fue con él. Pero no había nada más que unas burbujas en el estanque y vapor encima, y esta mañana papá no quiso hablar de eso, y dijo que el trabajo no podía interrumpirse.

Se detuvieron junto al estanque, una oscura extensión de agua con juncos en la otra orilla y más allá el campo abierto. Miraron la superficie ondulada y luego Nancy señaló el molino negro y alto que se alzaba a la izquierda.

Las maderas del costado del molino y el aspa blanca más alta estaban salpicadas de barro. Gregory miró todo

con interés. Pero Nancy seguía su propia línea de pensamientos.

—¿No te parece que papá trabaja demasiado, Gregory? Cuando no está afuera, ocupado en las cosas del campo, se pasa las horas leyendo sus panfletos y sus libros de electricidad. Descansa sólo cuando duerme.

—Ajá. No sé qué cayó aquí, pero salpicó bastante. No se ve nada ahora, bajo la superficie, ¿no es cierto?

—Como eres amigo de él, mamá pensó que podrías decirle algo. Se acuesta tan tarde, a veces cerca de medianoche, y luego se levanta a las tres y media de la madrugada. ¿No querrías tú hablarle? Mamá nunca le dirá nada.

—Nancy, necesitamos saber qué cayó en el estanque, sea lo que sea. No puede haberse disuelto. ¿Es muy profunda el agua?

—Oh, no estás escuchando, ¡Gregory Rolles! ¡Condenado meteoro!

—Esto es un problema de interés científico, Nancy. No te das cuenta...

—Oh, problema científico, ¿eh? Entonces no quiero oír más. Me estoy helando. Quédate tú mirando si quieres, pero yo me voy adentro. Fue sólo una piedra que cayó del cielo, eso dijeron papá y Bert Neckland anoche.

Nancy se alejó rápidamente.

—¡Cómo si el gordo Bert Neckland supiese algo de estas cosas! —le gritó Gregory.

La muchacha tenía los rizos más delicados que el joven había visto nunca, pero Greg no tenía ningún deseo de verse comprometido con una chica de diecinueve años, hija de un granjero. Era una lástima que no hubiera más

chicas partidarias del amor libre, como lo eran la mayoría de sus amigos varones.

Miró las aguas oscuras. *Eso* que había llegado la noche anterior estaba todavía allí, al alcance de la mano. Tenía que descubrir los restos. Se le presentaron de pronto unas vívidas imágenes: su nombre en titulares en *The Morning Post*, la Sociedad Real que lo nombraba miembro honorario, su padre que lo abrazaba y le pedía que regresara al hogar.

Caminó pensativamente hacia el granero. Entró y las gallinas corrieron cloqueando de un lado a otro. Alzó la cabeza, esperando a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. Recordaba haber visto allí un botecito de remos. Quizá cuando cortejaba a su futura mujer el viejo Grendon la había llevado a pasear por el lago Oats. El bote debía de estar ahí desde hacía años. Acercó la larga escalera para subir a inspeccionarlo y un gato huyó entre las vigas. El interior del bote estaba sucio, pero conservaba los remos y parecía intacto. La embarcación había sido izada mediante dos cuerdas pasadas por encima de la viga del techo; bajar el bote parecía una tarea bastante sencilla.

Sin embargo, Gregory tuvo un instante de respeto por la propiedad ajena, entró en la casa y solicitó a la señora Grendon permiso para botar la embarcación del estanque e inspeccionar sus aguas. La señora, complaciente, respondió que hiciera lo que quisiera. La arrastró fuera del granero hasta la orilla. Las maderas estaban secas, y el bote hacía agua, pero no demasiado. Sentándose con cuidado entre la paja y la suciedad, Gregory empezó a remar.

Desde el estanque, la granja —o lo que podía verse de ella— presentaba un aspecto un tanto siniestro. El molino

se alzaba amenazador sobre las aguas, con su lúgubre color negro alquitranado y sus aspas de blanca tela crujiendo bajo la leve brisa. Al otro lado del bote, la pared del fondo del granero, lisa y sin adornos, parecía inmensa y sin sentido. Tras ella, el muchacho vio la parte de atrás de los establos de las vacas y, más allá, los nuevos muros de ladrillo del cuarto de máquinas de los Grendon, donde el granjero tenía instalado el generador eléctrico. Entre el granero y el molino, vio el edificio principal de la granja, pero sólo el piso superior, debido al perfil del terreno. Sus decrepitos montones de paja y el elevado cañón de la chimenea le proporcionaban un aire ominoso. Gregory se admiró de la sensación de extrañeza que se apoderaba de uno al contemplar las obras humanas desde un ángulo en el que no se había previsto que nadie las viera y se preguntó si habría ángulos parecidos en la naturaleza. Probablemente los había, pues a su espalda, donde el estanque terminaba, sólo se veían unos sauces llorones de ramaje irregular sobre un lecho de juncos. Parecía como si debiera haber algo más, un poco de tierra al menos, pero no distinguió ninguna; sólo los sauces y el cielo de tonos des-
teñidos.

Cuando estaba ya casi en el centro del estanque, dejó los remos y miró por encima de la borda. El agua estaba turbia; y no se veía nada, aunque Gregory imaginaba mucho.

Mientras Gregory miraba por un lado, el bote, inesperadamente, se inclinó hacia el otro. Gregory giró en redondo. Ahora la borda izquierda tocaba casi el agua y los remos rodaron dentro del bote. Gregory no alcanzaba a

ver nada, pero... oía algo. Un sonido que se parecía al jadeo de un perro. Y la cosa que jadeaba así estaba a punto de volcar el bote.

—¿Qué es eso?—dijo Gregory sintiendo un frío que le subía por la espalda.

El bote se bamboleó, como si algo invisible quisiera trepar a bordo. Aterrorizado, Gregory tomó un remo, y sin pensar un momento lo dejó caer de ese lado del bote.

El remo golpeó algo sólido donde sólo había aire.

Dejando caer el remo, sorprendido, Gregory extendió la mano. Tocó una materia blanda. Al mismo tiempo, algo le golpeó con fuerza el brazo.

Desde ese momento, Gregory actuó guiado sólo por el instinto. La razón no cabía allí. Recogió otra vez el remo, y lo descargó en el aire, y dio contra algo. Siguió un chapoteo y el bote se enderezó tan bruscamente que Gregory casi se fue al agua. El bote se balanceaba aún cuando Gregory se puso a remar frenéticamente hacia la costa. Arrastró la embarcación fuera del agua y corrió hacia la casa.

Sólo se detuvo cuando llegó a la puerta. Se sentía más sereno ahora, y el corazón ya no le saltaba aterrorizado en el pecho. Se quedó mirando la madera agrietada del porche, tratando de reflexionar en lo que había visto y en lo que había ocurrido. Pero ¿qué había ocurrido?

Haciendo un esfuerzo, regresó al estanque y se detuvo junto al bote mirando la superficie oscura del agua. Nada se movía, excepto unas ondas pequeñas en la superficie. Miró el bote. Había bastante agua en el fondo. «Todo lo que ocurrió —se dijo— fue que el bote casi se me da vuel-

ta, y me dejé dominar por un miedo idiota». Meneando la cabeza, arrastró la embarcación hasta el granero.

Gregory, como era su costumbre, se quedó a almorzar en la granja, pero no vio al señor Grendon hasta la hora de ordeñar.

Joseph Grendon estaba acercándose a la cincuentena y era unos pocos años mayor que su mujer. Tenía una cara delgada y solemne, y una barba espesa que lo hacía parecer más viejo. Tenía un aspecto de hombre grave, en verdad, pero saludó a Gregory cortésmente. Los dos esperaron juntos a que las vacas entraran en el establo. Caía la tarde. Luego fueron al granero próximo, y Grendon encendió la máquina de vapor que a su vez pondría en movimiento el generador de la chispa vital.

—Huelo el futuro aquí —dijo Gregory, sonriendo.

Ya había olvidado el susto de la mañana.

—Ese futuro llegará sin mí. Estaré muerto en ese entonces.

El granjero hablaba caminando, pausadamente, poniendo con cuidado una palabra delante de la otra.

—Eso dice usted siempre. Está equivocado. El futuro se precipita.

—No te lo niego, muchacho, pero no seré parte de ese futuro. Soy ya un hombre viejo. ¿Sabes qué leí en uno de esos periódicos londinenses anoche? Decía que antes de que pase medio siglo, todas las casas del país tendrán suministro de luz eléctrica proporcionado por una gran central de producción de energía de la ciudad. Este viejo generador no tendrá mucha utilidad entonces, ¿verdad?

—Desde luego, eso será el final de la industria del gas. Y eso causará la pérdida de muchos puestos de trabajo.

—Bien, sí, pero en regiones remotas del país, como este rincón apartado, el gas tampoco llegaría ni en diez siglos. En cambio, la energía eléctrica es más fácil de transportar de un lugar a otro. ¡Ahí viene!

Esta exclamación se refería a la luz que oscilaba en la lámpara piloto. Los dos hombres miraron con satisfacción la maravillosa maquinaria. A medida que la presión del vapor aumentaba, la correa de cuero giraba más rápidamente, y la luz de la lámpara era más intensa. Aunque Gregory venía de una casa donde había luz de gas y de electricidad, se sentía mucho más excitado aquí, en pleno campo. La lámpara incandescente más cercana estaba probablemente en Norwich, a casi un día de viaje.

—¿Por qué se decidió usted en realidad a instalar ese generador, Joseph?

—Como te he dicho, es más seguro que los quinqués en los establos, los graneros y todas las dependencias donde haya paja seca. Mi padre sufrió un grave incendio aquí cuando yo era un muchacho, y eso me puso sobre aviso... ¿Te he contado alguna vez que tuve empleado aquí durante una época al hermano mayor de Bert Neckland, hasta que instalé esa máquina? Ese hombre era un fanático de la Biblia y, ¿sabes qué me dijo? Me dijo que esa luz eléctrica era demasiado brillante y diabólica para ser obra de Dios y, en consecuencia, se negó a dejar que le iluminara. De modo que yo le dije: bueno, no vas a andar por ahí bajo un paraguas durante las horas de oscuridad; le pagué el salario que le debía y le dije que se marchara si eso prefería.

—¿Y lo hizo?

—No ha vuelto desde entonces.

—¡Qué estúpido! Hoy día, todo es posible. La era del vapor fue maravillosa a su modo, o así debió parecerle a la gente que vivió en ella, pero en esta nueva era de la electricidad... cualquier cosa es posible. ¿Sabe qué opino, Joseph? Creo que antes de que pasen muchos años, tendremos máquinas voladoras con electricidad. ¡Quién sabe, tal vez seamos capaces incluso de hacerlas de tal tamaño que puedan viajar a la Luna! Ah, le aseguro que estoy impaciente por llegar al nuevo siglo. Para entonces..., quién sabe, tal vez todos los hombres estén unidos en fraternidad y veamos algunos progresos.

—No sé. Cuando llegue, seguro que yo estaré unido con mi tumba.

—Tonterías, usted bien puede llegar a centenario.

Un resplandor pálido iluminaba la estancia. Afuera, en cambio, todo parecía negro. Grendon asintió con un movimiento de cabeza, satisfecho, ajustó los quemadores de gas, y salió junto con Gregory.

Apartados del ruido de la máquina de vapor, podían oír el ruido que hacían las vacas. Comúnmente, cuando las ordeñaban, las vacas estaban tranquilas. Algo las había alborotado ahora. El granjero corrió al cobertizo y Gregory lo siguió pisándole los talones.

Una lámpara eléctrica irradiaba luz sobre los establos. Los animales se revolvían inquietos, con la mirada extrañada. Bert Neckland estaba tan lejos de la puerta como era posible, con su bastón en la mano, boquiabierto.

—¿Qué demonios estás mirando? —dijo Grendon.

Neckland cerró lentamente la boca.

—Nos llevamos un susto —respondió—. Algo entró aquí.

—¿Vio qué era? —preguntó Gregory.

—No, no había nada que ver. Era un fantasma, sí, eso, un fantasma. Entró aquí y tocó a las vacas. Me tocó a mí también. Un fantasma.

El granjero resopló.

—Un vagabundo, seguramente. No pudo verlo porque la luz estaba apagada.

Neckland meneó la cabeza enfáticamente.

—Se veía bastante. Le digo que vino directamente hacia mí y me tocó. —Calló y señaló el borde del establo—. ¡Mire! No digo mentiras, señor. Fue un fantasma, y mire, ahí hay una huella mojada.

Se acercaron y examinaron la tabla carcomida que separaba dos establos. Una mancha indefinida de humedad oscurecía la madera. Gregory recordó su experiencia en el estanque y sintió otra vez un escalofrío a lo largo de la espina dorsal. Pero el granjero dijo tercamente:

—Tonterías, es un poco de baba de las vacas. Bueno, siga ordeñando, Bert, y dejemos esto. Es hora de que tome mi té. ¿Dónde anda Duff?

Bert se volvió hacia Grendon con ojos desafiantes.

—Si no me cree a mí, quizá crea a la perra. *Cuff* vio también la cosa y la persiguió. Recibió una patada, pero la hizo escapar de aquí.

—Veré si la encuentro —dijo Gregory.

Corrió afuera y se puso a llamar a la perra. Ya era casi de noche. Aparentemente nada se movía en el patio de delante, de modo que fue hacia el otro lado, sendero

abajo, hacia la porqueriza y los campos llanos. De pronto, se detuvo. Más allá, bajo los olmos, se oían unos gruñidos sordos y feroces. Era *Cuff*. Gregory se adelantó lentamente. En ese momento maldijo la luz eléctrica que había suprimido los faroles, y deseó también tener un arma.

—¿Quién está ahí? —llamó.

El granjero apareció a su lado.

—¡Vamos allá!

Corrieron juntos. Los troncos de los cuatro grandes olmos se recortaban claramente contra el cielo oriental, y detrás brillaba un agua plomiza. Gregory vio a *Cuff* y en ese instante la perra saltó en el aire, giró en redondo, y voló hacia el granjero. Grendon estiró los brazos y esquivó el golpe. Al mismo tiempo, Gregory sintió un viento, como si alguien hubiese pasado corriendo, dejando en el aire un olor de barro estancado. Trastabillando, miró alrededor. La luz pálida de los cobertizos se volcaba en la senda. Más allá de la luz, detrás de los graneros, se extendían los campos silenciosos.

—Han matado a mi vieja *Cuff*—dijo el granjero.

Gregory se arrodilló junto a Grendon y examinó a la perra. No tenía ninguna herida, pero la cabeza le colgaba flojamente a un costado.

—*Cuff* sabía qué había ahí —dijo Gregory—. Se lanzó al ataque y cayó. ¿Qué era eso? ¿Qué diablos era eso?

—A mi vieja *Cuff*—se lamentó el granjero otra vez.

Tomó en brazos el cadáver de la perra, se volvió y caminó hacia la casa. Gregory se quedó donde estaba, con la cabeza y el corazón intranquilos.

Se sobresaltó de pronto. Unos pasos se acercaban. Era Bert Neckland.

—¿Qué? ¿El fantasma mató a la perra?

—Mató a la perra, ciertamente, pero era algo mucho más terrible que un fantasma.

—Era un fantasma, señorito. Vi muchos en mi vida. No les tengo miedo a los fantasmas, ¿usted sí?

—Sin embargo, usted parecía bastante asustado en los establos, hace un minuto.

El campesino se llevó los puños a las caderas. Tenía sólo dos años más que Gregory y era un joven rechoncho, de cara encendida y una nariz roma que le daba a la vez un aire de comedia y de amenaza.

—¿Sí, señorito Gregory? Bueno, usted también tiene un aspecto raro ahora.

—Estoy asustado, y no me importa admitirlo. Pero sólo porque esto que vino es mucho más espantoso que cualquier espectro.

Neckland se acercó un poco más a Gregory.

—Si tiene tanto miedo, quizá no vuelva usted por la granja en el futuro.

—Todo lo contrario.

Gregory echó a andar hacia la luz, pero el hombre le cerró el camino.

—Si yo fuera usted, no vendría —dijo, y apoyó la frase hundiendo un codo en la chaqueta de Gregory—. Y recuerde que Nancy tenía interés en mí mucho antes de que usted llegara, señorito.

—Oh, era eso. Me parece que Nancy puede decidir ella misma quién le interesa, ¿no le parece?

—Yo le estoy diciendo en quién está interesada, ¿entiende? Y será mejor que no lo olvide, ¿entiende? —S subrayó el discurso con otro codazo. Gregory lo apartó colérico. Neckland se encogió de hombros y se alejó diciendo—: Lo pasará peor que con un fantasma si sigue viniendo.

Gregory se quedó allí, inmóvil. El hombre había hablado con una violencia contenida, y eso quería decir que había estado alimentando odio durante un largo tiempo. Sin sospechar nada, Gregory se había mostrado siempre cordial y había atribuido la hosquedad de Neckland a torpeza mental, recurriendo a toda su vocación socialista para salvar esa barrera. Pensó un momento en seguir a Neckland y tratar de resolver el conflicto, pero eso parecía sin duda un signo de debilidad. Siguió en cambio el camino que había tomado el granjero con el cadáver de la perra y fue hacia la casa.

★ ★ ★

Aquella noche, Gregory Rolles llegó de vuelta a Cotter-sall demasiado tarde para encontrarse con su amigo Fox. A la noche siguiente hacía tanto frío que Gabriel Woodcock, el habitante más viejo del pueblo, profetizó que nevaría antes de que el invierno terminara (una profecía no aventurada que se cumpliría antes de las cuarenta y ocho horas, impresionando así sobremanera a todos los aldeanos, a quienes les gustaba impresionarse y exclamar y decir: «Bueno, nunca lo hubiera creído»). Los dos amigos prefirieron encontrarse en El Caminante, donde el

fuego ardía más vivamente, aunque la cerveza era más débil, que en Los Tres Cazadores Furtivos del otro extremo del pueblo.

Sin omitir ninguna circunstancia dramática, Gregory relató los acontecimientos del día anterior, aunque se saltó la belicosidad de Neckland. Fox escuchó fascinado, descuidando la cerveza y la pipa.

—Así son las cosas, Bruce —concluyó Gregory—. En ese estanque profundo acecha un vehículo de algún tipo, el mismo que vimos en el cielo. Y en él vive una criatura invisible de torcidas intenciones. Temo por la suerte de mis amigos, como puedes imaginar. ¿Te parece que debiéramos contárselo a la policía?

—Estoy seguro de que no sería ninguna ayuda para los Grendon que el viejo Farrish anduviese por allí tambaleándose de un lado a otro —dijo Fox, refiriéndose al representante local de la ley. Chupó un rato la pipa y luego bebió un largo trago del vaso—. Pero no estoy seguro, en cambio, de que hayas sacado las conclusiones exactas, Greg. Entiende que no pongo en duda los hechos, por asombrosos que parezcan. Quiero decir que, de algún modo, todos estamos esperando visitas celestiales. Las luces de gas y electricidad que están iluminando las ciudades del mundo tienen que haber sido una señal para muchas naciones del espacio. Ahora saben allá arriba que nosotros también somos civilizados. Pero quisiera saber si nuestros visitantes le han hecho daño a alguien, deliberadamente.

—Casi me ahogan y mataron a la pobre *Cruff*. No veo adónde vas. No se presentaron de un modo amistoso, ¿no es cierto?